

El Trabajo en la Frontera y el Uso del Analista: Reflexiones sobre la Supervivencia Analítica¹

*H. Shmuel Erlich, Ph. D.*²

*Treinta rayos se reúnen en el centro
Pero es en el no-ser de éstos que tenemos la rueda.
Se modela arcilla para hacer un utensilio
Pero es en el no-ser de ésta que tenemos el utensilio
Se recortan puertas y ventanas
Pero es en el no-ser de éstas que tenemos la casa.
Por lo tanto, en el uso de aquello que es,
es por aquel no-ser
que el Hombre encuentra gran provecho.*

Lao Tzu, 500 AC

Comenzaré con una reflexión personal. “El Trabajo en la Frontera” reviste un profundo significado personal para mí: atravesar las fronteras políticas y geográficas, en su mayoría hostiles y ominosas, desde la infancia hasta bien entrada la edad adulta, ha dado forma a mi vida. Resido y trabajo en Israel, donde el territorio y el espacio carecen de manera manifiesta de límites formalmente establecidos y reconocidos. En ausencia de éstos, tanto la fuerza militar como el terror y la violencia implican un desafío cotidiano para las fronteras e identidades tanto personales como colectivas. Todo esto ha sin duda marcado mi experiencia personal y psicoanalítica de varias

¹ Discurso de Apertura en el 43er Congreso IPA, “El Trabajo en las Fronteras”, Toronto, Julio de 2003.

² Profesor de Psicoanálisis Sigmund Freud. Universidad Hebrea de Jerusalén: Analista a cargo de Entrenamiento y Supervisión. Sociedad Psicoanalítica de Israel.

maneras. Adicionalmente, al dividir mi tiempo profesional entre mi práctica psicoanalítica, mi empleo universitario y una variedad de aplicaciones del psicoanálisis, me encuentro a mí mismo “trabajando en la frontera” a diario. Por tanto, acepto esta invitación como una oportunidad y un desafío para redefinir y clarificar mis pensamientos acerca de esta materia con el propósito de abrirlos al debate y la elaboración. Mi agradecimiento por el honor implícito en ello se ve más que compensado con lo que siento en la responsabilidad de la tarea a realizar.

El psicoanálisis es en varios aspectos una “criatura fronteriza”, importando una gama de posibilidades prácticamente infinitas de revisar qué significa trabajar psicoanalíticamente en la frontera. Sin embargo, las fronteras son en realidad puntos de encuentro en los cuales partes y entidades discordantes entran en contacto. Abandonemos por un momento nuestra abstracción para reflexionar sobre la posibilidad de que el psicoanálisis pueda a su vez tratarse de una frontera para otras áreas del saber y la ciencia. Al hablar de relaciones complementarias, Niels Bohr ha observado que su reconocimiento “no es menos necesario en psicología, donde la condición para el análisis y la síntesis de experiencia exhibe una asombrosa analogía con la situación en el campo de la física atómica” (1948. Para el científico, “el campo del psicoanálisis puede representar una ‘frontera’ ... en la cual ... ocurren extraños eventos que demandan su atención al tiempo que lo fastidian” (Bianchi, 1986). A ambos lados de esta división reinan visiones del hombre fundamentalmente diferentes, quizás irreconciliables. Al considerar los descubrimientos de la biopsicología, y posiblemente también del neuropsicoanálisis contemporáneo, es posible que nos encontremos ante “dos visiones del hombre; aquella del ‘hombre neuronal’ y la otra del ‘sujeto consciente’. Entre ellas, aparentemente existe no más bien un abismo, sino una vacilación entre dos marcos de referencia, cada uno de los cuales es extraño al otro” (Bianchi, 1986).

Considero el intento de experimentar y entender tales marcos de referencia “extraños”, en apariencia separados pero aún así complementarios, como el sello distintivo del psicoanálisis desde Freud hasta la actualidad. El psicoanálisis es el estudio del Hombre que hace del extraño y del extranjero inherente en el sujeto su vehículo, método y resultado. Su sujeto se encuentra eternamente constituido en forma dialéctica y creado por tales entidades en mutua negación (Ogden, 1992). Prospera en la tensión entre opuestos irreconcilia-

bles, incompatibles, coexistentes, y las polaridades improbables que representan. Si frontera implica que aquello que se encuentra más allá es extraño, extranjero y ajeno, entonces el psicoanálisis se encuentra siempre situado por encima de esta frontera.

Aun en la reclusión y privacidad del consultorio, el analista se posa constantemente sobre innumerables fronteras: cuerpo y mente, pasado y presente, conocimiento consciente y el inconsciente, el propio yo y el otro, realidad material y psíquica, hecho, ficción y fantasía, deseo y miedo a la realización, conflicto y déficit, disociación y unidad.

Deberíamos extender esta enumeración hasta incluir la frontera filosófica, y en particular sus parámetros éticos. No obstante su neutralidad, como sea que ésta se definiera, el analista se encuentra, con mayor frecuencia de lo que desearía, suspendido en las alternativas de dilemas entre lo bueno y lo malo, el bien y el mal, entre aquello aceptable o inaceptable, ya sea interpersonal, social o analíticamente. Aun así, dentro del escenario analítico, el analista no puede confiar en, o ser asistido por consideraciones filosóficas o éticas. Encontramos aquí una frontera más: considerando la situación analítica desde su interior, en oposición a hacerlo desde fuera. Como cualquier otro, el analista está sujeto a consideraciones éticas y filosóficas cuando él y su trabajo se encuentran bajo estudio en forma objetiva, por así decirlo, desde fuera. En la situación clínica, sin embargo, el analista trabaja desde dentro —él mismo, su personalidad y su inconsciente, así como también desde el espacio intersubjetivo creado por él y su paciente. En el interior de este espacio y estado mental emergentes, se ofrece una guía únicamente mediante la técnica analítica, la cual se convierte en el equivalente de consideraciones éticas (Etchegoyen, 1991). La buena técnica es aquello que el analista ha internalizado en el curso de su análisis, entrenamiento profesional y educación analítica, y que se ha convertido en una parte implícita e integral de él mismo. Es evidente que, ya sea él o alguien más podrá tratar de formular las controversias éticas comprendidas o implícitas, sin embargo no es esto lo que típicamente lo guía en el preciso momento. En forma de analogía, consideren la diferencia entre la experiencia de una pareja en un momento de intimidad física y emocional y un análisis psicológico de su experiencia.

No obstante, el trabajo en la frontera, no deberá concebirse como estático o confinado a un punto de contacto. Sugiere constante movimiento a lo largo de dos planos entrecruzados: 1) una dimen-

sión espacial, dentro-fuera; y 2) una dimensión temporal, trasladándose a lo largo de un vector de tiempo. El movimiento espacial, dentro-fuera, deriva de la tensión entre un núcleo y una periferia, o área fronteriza. Frontera implica la existencia de un centro —un área esencial, central y nuclear. Similarmente, implica un encuentro entre la esencia central y aquello que se encuentra más allá de ella, entre una palpable “condición de ser” (*is-ness*) y alguna entidad esencialmente diferente, y por consiguiente desconocida, elusiva y efímera. Se trata de un encuentro entre lo que nosotros conocemos, asumimos o creemos que es, y cierta “calidad de ser otro” que no participa en nuestra subjetividad segura, o seguridad subjetiva. El psicoanalista trabaja constantemente en el espacio de este intercambio: entre una conciencia y subjetividad reconocidas, y cierta “otredad” desconocida, no reconocida, a menudo resistida y negada, siempre difícil de establecer. Tal dificultad resulta confusa dado que este intercambio reviste una relevancia dual: dentro de la propia psiquis y persona del analista, así como también en esa Tierra de Nadie intersubjetiva conectando al analista y a su paciente. Una gran cantidad de nuestros conceptos y observaciones encuentra sus raíces en esta área fronteriza, como la tensión entre consciente e inconsciente, el propio yo y el otro, sujeto y objeto. Nuestros deseos más personales y “quintaesenciales” son, como lo sugiriera Freud (1915), criaturas fronterizas, surgiendo igualmente poderosas en soma y psiquis. Podrán ser reconocidas como nuestra “propia” esencia, en la misma medida en que podrán ser rechazadas, disociadas y reprimidas como “no propias”. Esto implica el encuentro con otra frontera entre lo personal y lo impersonal. Lo experimentamos con vehemencia cuando nuestro cuerpo nos traiciona, cuando un deseo inconsciente, ajeno al yo nos cautiva, o cuando, en la transferencia, se nos trata como los objetos de proyecciones que quebrantan nuestra integridad como sujetos.

El área fronteriza es también esa “Tierra de Nadie” donde los enemigos son creados y entran en existencia (Erlich, 1997). Se trata de la “zona de riesgo donde el *Unheimlich* reina, donde... los peligros no tienen nombre, donde el analista no puede avanzar sin ansiedad” (Baranger et al., 1988). El *Unheimlich* es inherente a la búsqueda analítica de empujar el límite más allá de la frontera de lo conocido, familiar y complacientemente contemplado, hacia lo desconocido, misterioso y atemorizante. Según las palabras de Bion: “en cada consultorio deberían existir dos personas en cierto modo atemoriza-

das: el paciente y el psicoanalista. Si no es así, uno se pregunta por qué se preocupan por averiguar lo que ya todos saben” (1990).

La segunda dinámica inherente a la frontera como metáfora es aquella del movimiento en el tiempo. La zona de riesgo del día de ayer es generalmente la esfera de innovación creativa del día de hoy, y el objeto de veneración y conservación del día de mañana. Nuestra perspectiva se encuentra en constante movimiento y cambio, entretanto, altera nuestra comprensión y los fenómenos en los que nos concentramos para estudiar, enseñar e interpretar. Dentro de esta cambiante perspectiva temporal, existe una parcialidad discernible hacia una sobrevaloración del presente y el futuro, del mismo modo que existe una devaluación del pasado. Quizás esta parcialidad se ve alentada por la predilección del analista hacia el “aquí y ahora” de la situación transferencia-contratransferencia. Pero como resultado, con frecuencia el conocimiento previo y la experiencia se dan por garantizados, su valor se erosiona, existiendo el peligro real de que pudieran ser ignorados y desatendidos. Este fenómeno resulta ubicuo en la vida de familia y el desarrollo individual, donde un adolescente debe crecer más allá de su yo infantilmente circunscripto, a menudo de manera destructiva, con el propósito de afirmar su propia persona y definición y equilibrio intrapsíquicos. La conocida lucha dialéctica intergeneracional entre lo viejo y lo nuevo. En contraste con el progreso científico normal, sin embargo, en la esfera personal e intergeneracional esta lucha es con renuencia cíclica, y por tal destinada a repetirse en cada nueva generación. Resulta entonces motivo de preocupación descubrir la misma dinámica operando en la educación e instituciones psicoanalíticas.

Una observación bastante corriente: la fase y el complejo edípicos, alguna vez una novedosa frontera de descubrimiento, y subsiguientemente un sello distintivo y lema del psicoanálisis, parecieran haberse convertido en una reliquia obsoleta en gran parte de nuestra literatura actual, como así también entre algunos graduados y docentes del psicoanálisis. Otros conceptos psicoanalíticos centrales, tal como las pulsiones (*Trieb*), comparten el mismo destino. Sin dudas, esta particular variación de perspectiva es producto de tanta revolución y redefinición teóricas, tal como lo adelantaron Fairbairn, Jacobson, Kernberg, y Kohut, para citar algunos de los contribuyentes más esenciales a este desarrollo. No estoy debatiendo a favor de la preservación de una noción predeterminada o unitaria de pulsiones. En la condición actual de nuestro conocimien-

to parecería tan improbable como falible insistir con una noción concreta, pseudo-fisiológica de las pulsiones. Sin embargo, como construcción psicológica, no considero que las pulsiones hayan sobrevivido en su potencial psicoanalítico. Lo que deseo remarcar aquí es el hecho de que, en lugar de afrontar la tensión que surge de mantener ciertos conceptos conjuntamente con otros en apariencia contradictorios, se opta con demasiada frecuencia por descartarlos o relegarlos al arcón de la historia o bien otorgarles la condición de piezas de museo, prefiriendo “avanzar” con la frontera en movimiento temporal. En este aspecto, el psicoanálisis comparte el mismo destino con algunas otras ciencias sociales, donde cambiantes *Zeitgeist* y marcos conceptuales son interpretados a menudo como indicios de modernidad (o posmodernismo), y donde esta característica en sí, es considerada un valor. Si nos atenemos a la metáfora del desarrollo individual, muy probablemente nos encontraremos atrapados en un movimiento cíclico, redescubriendo y reinventando los descubrimientos olvidados de ayer.

La naturaleza pluralista del psicoanálisis contemporáneo representa otro aspecto de este dilema, con la que no se concordará sencillamente, aún menos sin sus recompensas. Roy Schafer (1990) ha observado que “resulta en verdad más progresivo ... abandonar la idea de un único texto principal y por cambio celebrar y estudiar nuestras diferencias, continuando en el crecimiento, como lo hemos hecho, mediante la versatilidad ... La alternativa recae sobre la ceguera del conformismo”. Se opone al argumento de que tal pluralismo progresivo debe conducir a un relativismo caótico, en el cual todo armoniza tanto técnica como interpretativamente, al observar que “es evidente que cada una de las más relevantes escuelas de pensamiento cuenta con sus propias tradiciones, normas, y medios de mantener el orden a medida que madura... [Y] cada escuela ha enseñado algo a cada uno de nosotros en lo referido al entendimiento y ayuda a los pacientes desde el plano analítico.”

Es difícil definir la variable dimensión temporal de la frontera. Apenas contamos con conocimientos acerca del pasado, y con certeza desconocemos el futuro. Freud optaba, en línea con la Ilustración y el pensamiento influyente de Spencer, Darwin y Hughlings Jackson, por imaginar los desplazamientos de desarrollo tanto individuales como culturales a lo largo del eje de tiempo como un movimiento lineal, hacia atrás y hacia delante, o bien hacia arriba y hacia abajo. En su planteo esencial en cuanto a la regresión tomaba

a la regresión topográfica, temporal, formal, funcional y filogenética como eventos básicamente superpuestos, lineales (1900). En la actualidad, es posible que optemos por un modelo no lineal, sin embargo se torna difícil saber en qué grado nos encontramos atrapados en un ciclo vicioso, bajo el influjo destructivo de una compulsión de reiteración, o bien en un espiral progresivo forjado desde un mayor optimismo. Mucho dependerá del grado en que manejemos este límite temporal, la tensión inter- y transgeneracional entre lo viejo y lo nuevo.

Hasta ahora he descripto algunas de las controversias inherentes a la posición del analista en cuanto a su constante trabajo en la frontera, y del psicoanálisis en sí como una criatura fronteriza. Esta breve reseña subraya la historia del psicoanálisis como una “criatura fronteriza” y las numerosas fronteras que ha afrontado y quebrado. Desearía dedicar el espacio restante a la consideración de aspectos más específicos de la frontera y su implicancia en el pensamiento y la práctica psicoanalíticos. En vista de lo que he descripto como una serie infinita de posibilidades, mis selecciones son por necesidad arbitrarias y particularmente personales, y —si bien está demás aclararlo—, reflejan mis propias deliberaciones, disquisiciones y conclusiones tentativas. Me adentraré en ello no sin vacilación, pero también con la esperanza de que tales reflexiones personales puedan evocar respuestas, resonantes o divergentes, entre mis colegas, logrando así generar interés y posterior debate. Los aspectos específicos de la frontera a los cuales quisiera remitirme brevemente son: 1) “Psicoanálisis y Psicoterapia”, 2) “El Psicoanálisis en tiempos de terror y trauma generalizado”, y 3) “El Sujeto como frontera”. No obstante su evidente divergencia, considero que existe una comunidad esencial uniendo estos aspectos, se trata del tema de la supervivencia, el cual tengo la esperanza surgirá en el transcurso de este trabajo.

PSICOANALISIS Y PSICOTERAPIA

Extensos debates se han desarrollado a lo largo de los años sobre este tema tan conocido. Ha sido el foco de interés y estudio particularmente en Norteamérica, donde se ha dedicado a él un sinnúmero de equipos de expertos y donde ha originado extensos debates. Habiendo contado con un entrenamiento en psicoterapia psicoanalí-

tica intensiva con pacientes con casos severos de narcisismo, pacientes límites o fronterizos y psicóticos, con un esquema de cuatro sesiones semanales en el Austen Riggs Center, esta cuestión continuó importando una intriga para mí durante mi subsiguiente entrenamiento, práctica y enseñanza psicoanalítica.

Se trata de un aspecto de frontera por excelencia, ya que por su naturaleza nos obliga a abordar aquello que define y constituye el psicoanálisis. Podremos disentir de tal rigidez y señalar su inviabilidad, su falta de sentido, y hasta su potencial peligrosidad, tanto a niveles de la práctica clínica como de las relaciones interprofesionales. Puntos que implican ciertamente un mérito. Sin embargo, considero que sería triste para el psicoanálisis que la frontera que lo define y distingue vis-a-vis de las prácticas aledañas fuera totalmente descartada por insustancial o imposible de clarificar. Esta frontera, por ende, no se trata de un dilema meramente profesional y político, sino que sugiere y estimula agudas cuestiones de identidad. Consecuentemente, veo en esta frontera no tanto una cuestión teórica, sino educacional.

Nuestros graduados³ son representativamente Candidatos con un importante caudal de experiencia en psicoterapia psicoanalítica —en realidad, es esta experiencia previa el principal motivo de su opción por el entrenamiento psicoanalítico. Se ven enfrentados en consecuencia con la inquietud y preocupación que implica la pregunta: ¿la educación y entrenamiento psicoanalíticos, se trata más de lo mismo, si bien quizás mejor presentado y en mayor profundidad? Sin duda alguna, no es una novedad y revelación teóricas lo que define la diferencia: la psicoterapia psicoanalítica no cuenta con teoría propia, y muchos psicoterapeutas dinámicos cuentan con un conocimiento bueno, en ocasiones excelente, del pensamiento psicoanalítico y su terminología, así como también los rudimentos de su práctica clínica. A menudo también han estado en análisis.

Existe un importante factor adicional que ayuda a velar esta barrera: en tanto que en el pasado existió la tendencia de trazar una estricta separación entre pacientes en psicoanálisis y en psicoterapia, en la actualidad esto ya no es así. Los candidatos, así como también los analistas, derivan con mayor frecuencia sus casos de psicoterapia en casos psicoanalíticos, en ocasiones después de años de psicoterapia.

³ Recurro a mi experiencia en Israel, no obstante existen indicios de que también ocurre en otros sitios.

pia, a menudo ante el requerimiento del paciente. Bajo tales circunstancias, debe existir, y de hecho a menudo existe, confusión acerca de las similitudes y diferencias tanto en la mente del analista como en la de su paciente, y si correspondiere al caso, en la mente del supervisor. Un hecho que agrega aún más intriga es la bastante común y sorprendente experiencia, observada y comunicada en tonos emocionales, de que *existe* una diferencia. Y aún así, resulta extremadamente difícil captar este cambio, el momento e impacto de cruzar la barrera, y se torna todavía más difícil conceptualizarlo.

Existe un sorprendente y generalizado acuerdo en torno a la idea de que no son los criterios formales los que marcan la diferencia—la frecuencia de las sesiones, el uso de diván, y el trabajo interpretativo en el marco de la relación de transferencia— a pesar de que sin dudas su presencia contribuye en gran medida a la impronta analítica que se construye. La diferencia que cautiva mi propia atención e imaginación guarda relación con la experiencia de asumir el *rol de analista*, a diferencia de los roles de clínico, terapeuta, psiquiatra, psicólogo, etc. Me refiero por supuesto al rol del analista *dentro* de la situación analítica, no en sus manifestaciones externas, al compararlo con otros profesionales o a los ojos del público. Obviamente, mis otros roles profesionales continúan existiendo, pero durante la sesión de análisis parecen retraerse a la experiencia de mi yo profesional. Soy consciente de la sinuosidad lógica implícita en esta descripción, sin embargo estoy persuadido de que la experiencia personal en este aspecto es una mejor guía que las explicaciones lógicas y pseudo-teóricas. Como en cualquier rol, el papel del analista conlleva ciertas concepciones y preconcepciones (Bion, 1962) derivadas de mi entrenamiento, personalidad e historia de vida, lecturas, debates con colegas y candidatos bajo mi supervisión, etc. No me es posible alegar universalidad en torno a esta definición de rol, ya que sé que yo (como todos) me dedico a él en la manera específica en que lo hago. Pero confieso con la persistencia de una fuerte (posiblemente alucinatoria) convicción de que no me encuentro totalmente solo en esto, que en algún lugar existe una comunidad de analistas que supuestamente conocen y entienden exactamente qué y cómo lo hago, y quienes actúan y sienten de la misma manera que yo cuando asumo el rol analítico. Esta fantasía de una *comunidad* a la que pertenezco se ve a menudo refutada y destrozada a partir de la comparación real de notas, aunque nunca se logra por completo.

Puedo imaginar algunos de mis colegas en su asunción del rol, aún cuando disiento de sus intervenciones específicas, y siento que ellos pueden hacer lo mismo conmigo. Me es difícil imaginar algunos otros colegas de esta manera, y con ellos comparto fuertes diferencias y controversias que a menudo se estancan en debates teóricos menores.

La asunción del rol de analista implica el cruce de una barrera *hacia dentro* de la sesión de análisis y *emerger* de ella cuando concluye. Sin duda implica esto una alteración sutil pero definitiva de mi capacidad y mi forma de escuchar e intervenir en el flujo de la sesión. Aquí no hay nada artificial. Es incuestionable el hecho de que el escenario analítico resulta de gran ayuda —el paciente en el diván, el hecho de no ser observado fácilmente, el flujo de asociaciones y estados mentales mutuos que este escenario promueve y posibilita. Por sobre todo, encontramos el prevaleciente sentido alterado de la realidad: lo que yo siento y experimento como “real” puede ser, con muchos menos obstáculos, diferente a la realidad fáctica ordinaria, y quizás hasta apartado de ella. Creo que es esto a lo que Freud se refería como “realidad psíquica”, y no existe análisis posible sin ella. Lo que resulta aún más sorprendente es el hecho (utilizo esta palabra deliberadamente) de que mi propia asunción de este rol y postura analítica, a su vez, generalmente posibilita al paciente una mayor conexión (es decir, cruzar la barrera hacia dentro) con su realidad psíquica, renunciando momentáneamente a su necesidad de un buen dominio de la realidad fáctica o externa.

Sé que lo que estoy describiendo ha sido ya descrito en innumerables oportunidades, en términos tales como regresión en la situación analítica, atención flotante, la actitud analítica, entre otros. Mi punto es: en primer lugar, estos conceptos *técnicos* connotan una posición *experimental* que el analista asume por el paciente y el proceso analítico. En segundo lugar, lo que posibilita este desplazamiento es, en gran medida, la *asunción del rol analítico*, en mayor o menor grado. Tercero, que es este rol, una vez asumido, lo que posibilita a uno realizar el análisis, en contraposición a hacer psicoterapia. No se trata de un desplazamiento externo, objetivable, sino de una sutil pero definitiva transición interna. Tampoco se trata de jugar con las palabras. No tengo dudas de que algunos analistas se encuentran en este rol en forma constante y habitual, posiblemente hasta fuera de la situación analítica; quizás también sea éste el caso de algunos psicoterapeutas. También sé que algunos de nuestros

pacientes no requieren este cambio, y en este sentido pueden “hacer análisis” bajo muchas otras circunstancias. También he tenido pacientes imposibilitados de realizar este desplazamiento en forma completa, si bien tanto la situación analítica como yo nos encontrábamos disponibles en la manera que he descripto. La discusión de tales variaciones nos llevaría a adentrarnos en consideraciones de psicopatología y la problemática de la intersubjetividad que se encuentra claramente más allá del alcance del tema que nos ocupa. Lo que deseo destacar como crucial para la transición entre psicoterapia y psicoanálisis es el aspecto del *rol*, de convertirse en y ser un analista. La comprensión de este cambio a través de la frontera como la asunción de un rol reviste una tremenda implicancia para el proceso de entrenamiento, el cual apunta precisamente a tal transformación de rol. En nuestro Instituto hemos reconocido esto, y desde hace unos años ofrecemos a los candidatos un seminario de proceso grupal acerca de “Convertirse en un Analista”.

EL PSICOANÁLISIS Y EL TERROR

Vivimos y practicamos nuestra profesión en tiempos marcados por políticas de polarización y mutua exclusión. Para muchos, el 11 de Septiembre y sus desastrosas consecuencias son la representación del quiebre de su sentido de seguridad en un “entorno medianamente previsible”. No obstante, esta situación existe particularmente en los Estados Unidos. Otras regiones como Sudamérica, Europa Central y Oriental, Oriente Medio e India, todas han experimentado en forma directa la guerra, el terror y la violencia política por décadas o más, sin mayor tregua.

Quisiera abocarme a algunas implicancias para el psicoanálisis al tener que abordar esta frontera, impuesta por el mundo en que vivimos. Ocupan al psicoanálisis tanto la comprensión del terrorismo como la mente terrorista; y el desafío a la práctica y la técnica psicoanalíticas que representan sobrevivir y trabajar bajo tales condiciones.

La comprensión del terrorismo y la mente terrorista es una frontera extremadamente urgente y actual, reminiscencia quizás de la necesidad de volver a conceptualizar la neurosis traumática y la pulsión de muerte en las desastrosas consecuencias de la Primera Guerra Mundial. He sugerido (Erlich, 2002) que describir al ‘Terrorista’

como perturbado, emocionalmente disminuido, insano, o severamente desequilibrado, resulta tanto erróneo como engañoso. En efecto, constituye un intento de identificación proyectada en un otro demonizado, con el objetivo de deshacernos de la ansiedad emanada de tal odio, violencia y maldad. En cambio, deberíamos prestar mayor atención a determinadas dimensiones cualitativas, no instrumentales que se encuentran intrínsecamente vinculadas con el terrorismo. Entre éstas, la ideología y la búsqueda de purificación revisten una particular relevancia.

En las mentes de los jóvenes en general, y en particular en la de aquellos que se convierten en terroristas suicidas, una idea o ideología se convierte en el vehículo para la supervivencia del yo. La individualidad, la vida y la mera existencia carecen de sentido si no se ven insufladas con esta fuerza dadora de vida (Symmington, 1993). Un abanico infinito de posibilidades atraen a ser tomadas en esta forma, provistas por la cultura o contracultura dominante. No se trata de una postura o necesidad. Es una dinámica de desarrollo que se encuentra típicamente en la adolescencia, que sin embargo puede tranquilamente persistir más allá de esta etapa. La fuerza detrás de estas manifestaciones es siempre la misma: la necesidad de sumirse a sí mismo con el fin de resurgir uno en una “nueva” forma, en la cual se está fusionado y conectado con una entidad más grande que el ser, y en la que no se está existencialmente solo (Erlich, 1998).

La idea de *pureza* es vital para comprender el fenómeno del terrorismo. Realizo una hipótesis a partir de un sentido fundamental idealizado de la “pureza del yo” que deberá mantenerse y protegerse de la contaminación. Esta “pureza” no puede comprenderse o abordarse en forma lógica, funcional o instrumental. Es un aspecto de la dimensión de mente, vida mental y existencia del *Ser* (Erlich, 1998). Como estadio de desarrollo y de significación social, podrá gozar del soporte y la adhesión de la comunidad, brindando el nexo mediante el cual uno se une y fusiona intrapsíquicamente con ella. Las ideologías son tierra fértil para la creación de nociones de pureza / impureza. Las religiones se ocupan de la pureza del alma y del cuerpo, y podrían convertirse en grandes contribuyentes de la formación de prejuicios. Las religiones y las culturas, en particular cuando se encuentran sujetas a una interpretación fundamentalista, pueden jugar un rol decisivo al alentar a sus seguidores en dirección a la violencia y la muerte, tanto la propia como la de otros, tal el caso de partes significativas del Islam (Bohleber, 2002). Esta visión es

verdaderamente pesimista, ya que implica que en tanto nuestra propia pureza requiere la aniquilación del otro impuro, no habrá cese a los actos de violencia y terror.

Más allá de la necesidad de una mejor comprensión del fenómeno, la frontera del terror reviste implicancias inmediatas a la práctica psicoanalítica. A diferencia de un trauma individual “ordinario”, los ataques terroristas generan *comunidades y sociedades traumatizadas*. Dado que tanto el analista como su paciente son miembros de un grupo o sociedad traumatizados, el ataque terrorista los afecta a ambos.

El trauma en una comunidad derivado del terror, redefine la realidad externa; brinda un marco nuevo, conjunto, en el que se confía mutuamente, para la verificación de la realidad. La experiencia compartida genera nuevas identificaciones de grupo y afiliaciones sociales. Estas nuevas afiliaciones derivan de y se basan en la experiencia común del terror, y ahondando un poco más, en el regocijo y culpa de supervivencia compartidos, depresión y reparación, esperanza y desesperación.

Estas nuevas afiliaciones sociales de grupo y barreras pueden resultar potencialmente problemáticas tanto para el analista como para su paciente. Una faceta particular de esta problemática se evidencia cuando el analista y su paciente se encuentran en lados opuestos de la valla política, culpando y “responsabilizando” al otro de la crisis. Una instancia israelí de dicha contratransferencia puede ocurrir, por ejemplo, cuando el analista es identificado con el Movimiento Israelí por la Paz (Left Peace Movement), y el paciente es Corriente Colonizadora de Derecha (Right Wing Settler) habitando en terrenos usurpados. Tales aspectos resultan ubicuos, pero generalmente se los confina al entorno. El trauma común los trae a un primer plano.

Más allá de la culpa del sobreviviente, el haber experimentado los mismos horribles eventos podría formar lazos nuevos y especiales. Con lo cual se presenta un nuevo dilema: ya sea reconocer o no esta nueva “camaradería” y cómo hacerlo, o por el contrario resistirla y negarla. Practico mi profesión en Jerusalén, en las inmediaciones del hospital Mount Scopus Hadassah y de la Universidad Hebrea, dando a una arteria principal. Con frecuencia las sesiones se ven interrumpidas por las sirenas de las ambulancias y de la policía acelerando su paso hacia y desde el lugar de un hecho terrorista. En ocasiones se puede oír la explosión o el tiroteo. A esta altura, mis pacientes y yo

nos percatamos de que al oír sucesivamente más de tres sirenas separadas, podría significar que ha ocurrido un atentado donde ha habido víctimas. La realidad externa se ha inmiscuido en el espacio psicoanalítico. La sensación inmediata es la de encontrarse juntos ante un ataque. En análisis, esta fraternidad podría conducir a una fuga de la transferencia, y paradójicamente, poner en peligro el “espacio psicoanalítico”. Al mismo tiempo, el analista debe encontrarse dispuesto a reconocer de forma manifiesta los eventos profundamente desconcertantes que tanto el/ella y su paciente atraviesan. Estamos frente a una delgada línea que requiere ser recorrida con calidez, comprensión y simpatía, pero también sin perder de vista el propósito analítico general y la tarea analítica misma.

Puede ocurrir que el analista necesite que el paciente le proporcione confort en carácter de representación de la comunidad. No nos dedicamos lo suficiente al tratamiento de la soledad del psicoanalista (Erlich, 1998), el peso de su carga y la penalidad por trabajar en la frontera. Mantener la postura y espacio analíticos demanda un enorme esfuerzo que a menudo deja en el analista la sensación de soledad y aislamiento. Nuestros pacientes podrían entonces convertirse en nuestro nexo con el mundo exterior. Pueden brindarnos información, evidencia, y por sobre todo, una sensación de encontrarse en contacto con la realidad social. Durante períodos de amenaza externa y desastre, estamos más propensos a utilizar a nuestros pacientes como nexo con la realidad externa, a través de ellos deseamos sumarnos a la red social cuando nuestra soledad se torna insoportable. Podría tomar la forma de la necesidad de que el paciente nos hable acerca del desastre externo que ha ocurrido, aún cuando él o ella no se encontraran predispuestos a hacerlo. Es interesante observar que existen asombrosas variaciones entre los pacientes en cuanto al grado al cual llegan al hablar acerca de atentados terroristas. Van desde el pánico manifiesto y el desborde, a una mención superficial, hasta no mencionarlo en absoluto. En mi práctica he experimentado toda clase de manifestaciones: inclinación neurótica a asumir la culpa por lo sucedido; breves referencias y alivio seguido de una grata inmersión en asuntos profundamente personales y “privados”; la tendencia de identificación con el agresor, y el silencio mayoritario en lo concerniente a la situación actual. Los pacientes podrán celebrar su azaroso escape del desastre, tal como lo hiciera una pareja luego de la explosión de una bomba en la cafetería de la Universidad Hebrea, la cual ellos frecuentan y en la

que sólo por azar no se encontraban en ese momento. Estas variaciones también representan diferencias en la actitud abierta u oculta del analista, y su tendencia a alentar o desalentar la presencia de realidad externa dentro del espacio del análisis. Probablemente también implique, al encontrarse ante una realidad externa psicótica, que el espacio psicoanalítico se convierte en un ansiado oasis de cordura e integración personal.

Sin embargo, se abren cuestionamientos adicionales, tales como: la necesidad y responsabilidad de continuar el trabajo psicoanalítico en vista de las condiciones externas; la relativa porción de responsabilidad en la cabeza del analista y del paciente por lo que pudiera ocurrir, así como los planteos técnicos que surgen como resultado de éstos. Por ejemplo, si trasladarse de ida y vuelta a una sesión pusiera en peligro al paciente, ¿debiera el analista prestar atención a este aspecto? ¿Es únicamente decisión del paciente continuar asistiendo? ¿Qué sucede si esto se tornara autodestructivo? ¿Se le cobra al paciente por las sesiones perdidas bajo circunstancias de peligro? ¿En qué punto nos encontramos conspirando con las fantasías de agresión del paciente, o con fantasías sobre su indestructibilidad o la nuestra? ¿Cuál es el límite de nuestra responsabilidad en cuanto a “permitir” o “prohibir” sus visitas? ¿Invariablemente consideramos la asistencia a análisis o terapia como el curso de acción más sano y psicológicamente constructivo?

Cabe decir que la intromisión del terror en nuestras vidas presenta una nueva e ineludible frontera que alcanza al espacio analítico. La carga corriente del trabajo con transferencia y contratransferencia se ve altamente confundida con la sombra amenazadora que se posa sobre la supervivencia del paciente y del analista, y del análisis en sí mismo.

EL SUJETO, ¿NUESTRA ULTIMA FRONTERA?

La última frontera a la cual quiero dedicarme es la que mayor dificultad presenta, pero también se trata de la más intrigante y prometedora. El psicoanálisis ha variado a lo largo de las últimas décadas desde la concentración sobre el objeto a la búsqueda del sujeto. Estamos frente a una Odisea teórica, clínica y conceptual, que sólo resulta posible gracias a una obediente lealtad tal como la de Penélope hacia ciertos principios y reglas del psicoanálisis. Destaca-

ría especialmente la importancia de la abstinencia en conexión a este aspecto, a pesar de las numerosas y divergentes interpretaciones que existen de este concepto y los ataques directos que recibe desde algunas direcciones. Para decirlo de otro modo, es el método y la situación psicoanalíticos, en su amplia definición, lo que nos ha posibilitado ir tras el esquivo sujeto.

Anteriormente señalé la abstinencia, que para mí significa primordialmente la abstinencia autoimpuesta del analista, ya que implica un impacto inmediato en el deseo, y es el deseo lo que a menudo deviene en excelente camino a la simplificación, concentración y materialización del sujeto. Con mayor preponderancia que el *cogito* de Descartes, el deseo freudiano, con su impronta de impulso y propulso, sugiere y define un “yo” conocible y delimitable. Es simple comprender cómo Freud, partiendo del deseo y el anhelo, en un primer momento vio al sujeto como un “yo” unificado, consciente y racionalmente utilitario. Largo fue el camino recorrido desde su “yo” simplificado hasta el sentido de entidad complementada por aspectos operantes desde el inconsciente, del “Yo” que constituye el modelo estructural (Freud, 1923). Pero el psicoanálisis nunca antes había llegado por completo a esta frontera. Las necesidades de supervivencia (tal como la preservación del yo y los instintos de vida), así como también el amor hacia sí mismo (como en el narcisismo), sirvieron meramente para incrementar la complejidad y riqueza del fenómeno, sin poder resolverlo.

Tal como lo veo, el surgimiento del sí mismo durante las décadas de los ‘70 y los ‘80 satisfizo una necesidad similar por la simplificación conceptual a través de la materialización. Una vez más, deviene del deseo, si bien un deseo narcisista, al postular un sí mismo llevado por ambiciones y conducido por la persecución de aspiraciones idealizadas (Kohut, 1977).

No obstante su inicial simplificación, el proyecto freudiano contiene tensiones dialécticas de las cuales el sujeto es reconstituido y descentrado constante y reiteradamente (Ogden, 1992). El proyecto freudiano no es necesariamente fundamental, pero sin embargo sugiere la variedad de direcciones que el psicoanálisis podrá o no perseguir en su tratamiento del sujeto. Existen esencialmente dos cursos disponibles: basarse en la experiencia directa, tal como surge del paciente y del que se dispone a través de la introspección; o bien la presunción de que la experiencia es el producto final y el resultado de fuerzas y procesos subyacentes, la cual es necesario dilucidar,

construir y reconstruir. La primera opción representa el triunfo de la fenomenología, que considera la experiencia como piedra fundacional. La segunda opción reconoce que la experiencia se constituye y emana de procesos subyacentes no empíricos en sí mismos.

“El Sujeto” como idea representa este dilema, ya que no puede ser puesto de manifiesto nunca. Nunca es un “Es”. Siempre esquivo, permanece siempre como una construcción de la fantasía vuelta hecho empírico (Grossman, 1982; Zizek, 2000). Como frontera, resulta la más difícil de determinar y especificar: el límite más simple, el más evidente de manera intuitiva, es aquel determinado entre el sujeto y el objeto, entre el sí mismo y el otro. El psicoanálisis nos ha enseñado sin embargo, que esta tentadora simplicidad resulta engañosa tanto interiormente como externamente. Interiormente, dado que el sujeto a menudo se aparta y desaparece, se encuentra a sí mismo descentrado, y resulta apenas el actor centrado que pretende ser. En cuanto a lo externo, es la ficción del sujeto individualmente diferenciado de los demás lo que prevalece en todas las circunstancias. Tal como lo inferí con relación al terrorismo, el sujeto persigue también el objetivo de verse inmerso y absorbido dentro de una entidad superior, al punto de su propia total desaparición tanto psicológica como física.

En este sentido, el sujeto es nuestra última y quizás más asintomática frontera, aquella que probablemente jamás alcancemos, y aún así todo lo que decimos y hacemos evidencia una ardua búsqueda hacia ella. En tanto otros campos como la literatura y las artes, se encuentran quizás mejor equipados para describir su carácter y otorgarle al mismo vida y contenido, el psicoanálisis se encuentra en la posición privilegiada de rastrear su desarrollo y los innumerables procesos psíquicos internos que de algún modo le dan origen.

Mi propio trabajo me ha brindado varias enseñanzas en este aspecto: carece de sentido y resulta confuso hablar del sujeto desligado de su objeto, *están siempre interrelacionados*. Parafraseando la máxima de Winnicott: “no existe tal cosa como el sujeto”. Existen procesos psíquicos intrínsecos que determinan nuestra experiencia de sujeto en relación con el objeto: pueden experimentarse como una unidad e identidad fusionadas, o bien como entidades separadas y demarcadas. De estas experiencias surge el sujeto—de la experiencia, la identidad, el lenguaje, el arte, y la representación. Del mismo modo, es en las profundidades de estos procesos empíricos que el sujeto se sumerge y desaparece hasta crearse nuevamente, caracterís-

ticamente a través del deseo y el conflicto, en ciertas ocasiones a través del déficit, si el daño no ha sido excesivamente destructivo. Es importante considerar y recordar que la problemática del sujeto tiene resonancia también de manera indefectible con aquellas del Otro experimentado, su objeto, espejo, complementario, siamés.

DEBATE

A lo largo de este trabajo he visitado sucintamente tres fronteras muy distintas: asumir el rol analítico como manera de ver la transición entre la psicoterapia y el psicoanálisis, el analista trabajando en una sociedad y escenario cultural aterrorizados, y la persistente y aún esquiva naturaleza del sujeto como punto central del estudio psicoanalítico. Claramente, cada uno de estos temas merece, y de lo cual ha gozado en verdad, no sólo trabajos más extensos sino también ser abordados en conferencias específicamente desarrolladas para su estudio. He tenido la osadía de echar un vistazo a estas fronteras, tan diferentes y distantes, porque creo que en ellas subyace un nexo común. Es a este nexo que se menciona en el poema que cité al comienzo, donde se describe la relación entre el vacío del no-ser y aquello que se crea a partir de él. Tal concepción de frontera no permanece ajena al psicoanalista, trabajando duramente para recuperar el terreno perdido y las oportunidades de crecimiento para su paciente y para sí. El analista sabe cómo atesorar tales ganancias, “obtenidas a partir de un infinito vacío y sin forma”,⁴ siempre que éstas se produjeran. La frase poética de Milton, citada por Bion (1965), hace referencia al lugar en el que con frecuencia nos encontramos nosotros mismos, entre aquello que no es, debido a que es inconsciente, negado y anulado, y aún así permanece allí siempre, dando forma a la experiencia psíquica, la cual con la mediación del analista, recobra voz y sustancia. En la práctica del psicoanálisis, reafirmamos constantemente la fe del poeta chino en que “en el uso de aquello que es, es por aquel no-ser que el Hombre encuentra gran provecho”.

La naturaleza de nuestra ayuda no se agota en la frontera que se extiende entre el vacío amorfo y “aquello que es”. Como analistas

⁴ Milton, John, “Light” (Quiller-Couch. Ed. 1919).

nos ofrecemos para ser usados por nuestros pacientes, las profesiones aledañas, y nuestro entorno cultural y social. Nuestro consciente propósito y aquello que ofrecemos para su utilización es nuestra habilidad, nuestra capacidad para escuchar e interpretar, nuestras ideas acerca del desarrollo, procesos intrapsíquicos, desviaciones y psicopatología, las dinámicas que se abren en la situación del tratamiento. Como profesionales y médicos, nos dedicamos a ser usados de un modo abierto y aceptado. Aún así creo que, considerándolo psicoanalíticamente, este uso es en verdad un tanto limitado, o bien inútil. No se trata en realidad de lo que nuestros clientes, colegas y el resto de la sociedad quieren y esperan de nosotros, como así tampoco es la forma más significativa en que podemos serles útiles.

Ser usado como psicoanalista tiene un significado más profundo, potencialmente mucho más devastador y peligroso. Dicho simplemente, el uso significativo por parte de otros implica que debemos estar listos para ser destruidos por aquellos que nos usan. La manera en que nuestros pacientes, tutelados, colegas con voluntad de ayuda, medio académico, medios de comunicación y cultura, cómo todos ellos hacen uso de nosotros, es a través del ataque y la destrucción de aquello que representamos y tenemos para ofrecer. Claramente me refiero no sólo a ataques manifiestos y abiertos, sino también a aquellos más profundos, ampliamente inconscientes y simbólicos. El motivo esencial de este ataque, tal como sugiriera Freud (1939), es que para que una idea pueda ser aceptada e internalizada, su portador y representante deberá ser destruido y asimilado. El proceso de internalización de una idea implica destructividad, en ocasiones manifiesta, y siempre peligrosamente desafiante.

Winnicott (1971) extendió aún más esta idea en su noción “el uso del objeto”. Para ser experimentado como real y relacionarse como una existencia en sí mismo, no como una construcción fantasiosa del sujeto, el objeto debe sobrevivir a este ataque destructivo. Su supervivencia sienta las bases para una nueva relación que sólo a partir de entonces podrá desarrollarse. Para hacer posible que otros se relacionen con nosotros real y completamente, es decir, incluyendo la agresividad y destructividad, lo que debemos ser capaces de hacer entonces no se tratará de una rendición apacible o masoquista, ni de una represalia agresiva, sino la supervivencia aseguradora de vida.

Lograr sobrevivir a tales ataques destructivos requiere un profundo conocimiento de quiénes somos y qué representamos, como

psicoanalistas individuales y como un movimiento polígloto, polifacético que se expresa en muchas voces. Requiere de un esfuerzo renovado y constante para reexaminar no sólo nuestras fronteras, sino más aún nuestro núcleo. Al trabajar en la frontera nos abrimos constantemente y nos ofrecemos a este uso destructivo, implícito en la predisposición a asumir el rol analítico nuevamente en cada sesión, así como ocurre entre nuestros colegas y nosotros al realizar psicoterapia. Dentro de una realidad social más amplia y a menudo peligrosa, el analista se ofrece para su uso como tal aún en condiciones de terror y violencia. Existen por supuesto muchas otras maneras en las cuales se puede brindar ayuda bajo estas circunstancias. Nadie como el analista, se ofrece para su uso, creando y manteniendo un espacio analítico y ofreciéndolo cuando se lo desea y según se lo requiere. Es mediante dicha predisposición que el analista brinda un muy necesario espacio de reafirmación de la vida y un modelo para la supervivencia.

El ofrecimiento en uso a sus pacientes, colegas y sociedad, implica por parte del analista un mensaje significativo acerca de sí mismo como un sujeto, y acerca de aquellos con los que trabaja como sujetos en su propio derecho. Demuestra que si bien esquivable e inasible, es a través de la supervivencia a la destructividad —del uso, mal uso y abuso— que el analista como sujeto atraviesa, resurge y toma forma a partir del no-ser, y se relaciona con otros.

En resumen, el trabajo en la frontera nos reubica en las dinámicas de destrucción y supervivencia implícitas y poderosas en esta posición. La frontera brinda el contorno y el marco para emerger del no-ser, y nos brinda la posibilidad de dar voz y forma a lo indecible, lo misterioso y lo desconocido. Ofrecernos para ser usados como analistas de este modo puede resultar verdaderamente peligroso, pero implica también un acto de generosidad hacia aquellos que así necesitan usarnos. En el estado del universo social y psicológico presente y en un futuro cercano, la necesidad de ser usados de este modo, aún a sabiendas de las numerosas desventajas, es incuestionable.

BIBLIOGRAFIA

- BARANGER, M., BARANGER, W. Y MOM, J. "The infantile psychic trauma from us to Freud: pure trauma, retroactivity and reconstruction" (Trauma psíquico infantil desde nosotros a Freud: trauma puro, retroactividad y reconstrucción). *Int. J. Psycho-Anal.*, 69:113-128, 1988.
- BIANCHI, H. "Le Discernement. La psychanalyse aux frontières du droit de la biologie et de la philosophie" (Discernimiento. Psicoanálisis de las leyes biológicas y filosóficas). *Psychoanal Q.*, 55:532-536, 1986.
- BION, W. R. "The psycho-analytic study of thinking" (El estudio psicoanalítico del pensamiento). *Int. J. Psycho-Anal.*, 43:306-310, 1962.
- BION, W. R. *Transformaciones*. Londres: Maresfield Reprints, 1984, 1965, p. 151.
- BION, W. R. *Conferencias Brasileiras*. Londres: Karnac Books, p. 5, 1990.
- BOHLEBER, W. "Collective Preconceptions, Destructiveness and Terrorism" (Preconcepciones Colectivas, Destructividad y Terrorismo). Trabajo expuesto en la Conferencia de la Federación Psicoanalítica Europea, Praga, Abril 2002.
- BOHR, N. (1948) "On the notions of causality and complementarity" (Nociones de casualidad y complementariedad) *Dialéctica*, 2:312-319, 1948.
- ERLICH, H. S. "On discourse with an enemy" (Disertación con un enemigo) En: Edward R. Shapiro (Ed.), *The Inner World in the Outer World: Psychoanalytic Perspectives* (El Mundo Interior en el Mundo Exterior: Perspectivas Psicoanalíticas), New Haven: Yale University Press, pp. 123-142, 1997.
- ERLICH, H. S. "On loneliness, narcissism, and intimacy" (Soledad, narcisismo e intimidad). *American Journal of Psychoanalysis*, 58: 135-162, 1998.
- ERLICH, H. S. "Reflections on the terrorist mind" (Reflexiones sobre la mente terrorista) *International Psychoanalysis: Newsletter de IPA*, 11: 35-37, 2002
- ETCHEGOYEN, R. H. *The Fundamentals of Psychoanalytic Technique* (Fundamentos de la Técnica Psicoanalítica) Londres: Karnac Books, p. 11, 1991.
- FREUD, S. (1900) La interpretación de los sueños. *S.E.*, 5, p. 548.
- FREUD, S. (1915) Instintos y su problemática. *S.E.*, 14:117-140.
- FREUD, S. (1923) El yo y el ello. *S.E.*, 19: 12-66.
- FREUD, S. (1939) Moisés y la religión monoteísta. *S.E.*, 23: 7-137.
- GROSSMAN, W. "The self as fantasy: fantasy as theory" (El sí mismo como fantasía: fantasía como teoría). *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 30:919-937, 1982.

- KOHUT, H. *The Restoration of the Self* (La Restauración del Sí mismo). New York: I.U.P., 1977.
- MILTON, J. "Light" (Luz). En Arthur Quiller-Couch (ed.), *The Oxford Book of English Verse: 1250-1900*. Oxford Books, 1919.
- OGDEN, T. "The dialectically constituted / decentred subject of psychoanalysis. I. The Freudian subject" (El sujeto dialécticamente constituido / descentrado del psicoanálisis. I. El sujeto freudiano) *Int. J. Psycho-Anal.*, 73: 517-524, 1992.
- SCHAFER, R. "The search for common ground" (La búsqueda de una base común). *Int. J. Psycho-Anal.*, 71: 49-52, 1990.
- SYMMINGTON, N. *Narcissism: A New Theory* (Narcisismo: Una Nueva Teoría) Londres: Karnac Books, 1993.
- WINNICOTT, D. W. "The use of an object and relating through identification" (El uso de un objeto y la relación por identificación) En: *Playing and Reality* (Juego y Realidad), Londres: Tavistock Publications, pp. 101-111, 1971.
- ZIZEK, S. "The Cartesian subject without the Cartesian theatre" (El sujeto cartesiano sin el teatro cartesiano) En: K.R. Malone & S.R. Friedlander (Eds.), *The Subject of Lacan* (El Sujeto de Lacan). Albany: State University of New York Press, pp. 23-40, 2000.

Traducido al castellano por María de los A. Sanles Lavassa.

Prof. H. Shmuel Erlich
42 Midbar Sinai Street
Jerusalem 97 805
Israel

Descriptores: Psicoanálisis. Psicoanalista

Key words: Psychoanalysis. Psychoanalyst.

Mots clés: Psychanalyse. Psychanalyste.

TRABAJANDO EN LAS FRONTERAS Y EL USO...